

SOBRE EL USO ADECUADO DE LAS ANCLAS

Leonardo Garnier

Julio 2004

“Van bien... mejor, cambien”. Es lo que parece decirnos el subdirector gerente del FMI, Agustín Carstens, en un extenso artículo que empieza con sendo elogio a la forma en que, a brincos y a saltos (y muchas veces a contrapelo de los consejos del FMI) Costa Rica ha sabido superar las dificultades económicas de los últimos veinte años. Afirmando que “un principio básico que ha hecho suyo Costa Rica es que el fin último de la política económica es lograr el desarrollo humano”, Carstens destaca los logros sociales y ambientales alcanzados en medio de considerables turbulencias regionales y reconoce que “una de las principales razones del éxito de Costa Rica es que la política económica se ha orientado al desarrollo humano y la cohesión social”. “No cabe duda – dice – de que es deseable preservar estos logros y seguir avanzando”. Pero a partir de ese reconocimiento... empiezan sus peros: “¿Cuál es la mejor manera de seguir adelante? Mantenerse en la misma senda es una opción. Sin embargo – agrega – la economía mundial está cambiando, factor al cual el país está obligado a responder, sobre todo a medida que intensifica su inserción al mundo globalizado”.

Lo curioso – o tal vez lo predecible en un funcionario del FMI – es que a pesar del énfasis en el desarrollo humano y la cohesión social con que inicia su análisis, luego, su propuesta gira una y otra vez alrededor de las mismas recetas de siempre: “deben reducirse el desbalance fiscal y la inflación, y la política monetaria debe reorientarse a la consecución de metas explícitas de inflación, y convertirse en el ancla nominal de la economía”. ¡Como si de lo que se tratara es de ‘anclar’ la economía, en lugar de hacerla navegar robusta por las aguas globales! Ese ha sido siempre el problema con las recomendaciones del FMI, no que fallan al insistir, con razón, en la importancia de los balances macroeconómicos, sino que yerran al reducirlo todo a esa estabilidad macroeconómica. Las políticas de crecimiento y productividad, de infraestructura, de desarrollo humano y social, de sostenibilidad ambiental, todas, quedan relegadas ante los únicos retos para los que este tipo de economistas parece tener antojos: el déficit fiscal y la inflación.

Es cierto que, hasta ahora, lo que Costa Rica ha tenido es ‘casi un éxito’... y es obvio que ese ‘casi’ no es suficiente ni sostenible. Pero eso es cierto en un sentido que trasciende la visión corta y parcial de Carstens: no basta un balance fiscal a rajatabla y una política monetaria obsesivamente antiinflacionaria para seguir avanzando en esa senda de desarrollo humano que ahora tanto parece valorar el FMI. Junto al déficit fiscal y los desequilibrios monetarios vemos cómo se agudizan los desequilibrios sociales y se ensancha el déficit de productividad. Por eso, **si no logramos cuajar una política de desarrollo que nos permita**

insertarnos plenamente en la economía global *al mismo tiempo* que consolidamos nuestra integración hacia adentro, si no logramos dinamizar el crecimiento *al mismo tiempo* que profundizamos ese desarrollo humano con cohesión social de que nos habla Carstens, entonces el éxito se nos escaparía entre los dedos y nos quedaríamos, como tantas veces en el fútbol, con el amargo sabor del 'casi...' entre los labios. Por sí solas, las anclas que Carstens propone no harían más que eso: anclarnos. Son anclas importantes, pero es preciso ubicarlas en su contexto adecuado: el de una política audaz de desarrollo en la que quepamos todos... ¡para poder realmente llevar anclas!

Sub/versiones – La Nación, Costa Rica: jueves 22 de julio, 2004

El artículo de Carstens puede leerse en la edición dominical de La Nación:

http://www.nacion.com/ln_ee/2004/julio/18/opinion2.html